

aquel paraje de reciente creación y cuyas tiendas pagan módicos alquileres, la baronesa vió en un ventanal un letrero que decía: «*Escribiente público*», y sobre la puerta:

### DESPACHO DE NEGOCIOS

Aquí se redactan peticiones, se ponen memorias en limpio, etc.

#### DISCIECIÓN, PRONTITUD

El interior se parecía á esas oficinas que suelen tener las administraciones de diigencias. Una escalera interior conducía sin duda á la habitación del entresuelo, que dependía de la tienda. La baronesa vió allí una mesa de madera blanca ennegrecida, algunas carpetas y un mal sofá comprado de lance. Un goro y una visera de tafetán verde toda grasienta, denotaban las precauciones tomadas para disfrazarse, ó una debilidad en la vista bastante concebible en un anciano.

—Debe estar arriba—dijo el italiano.—Voy á subir á advertirle que está usted aquí, para que baje.

—La baronesa se dejó caer el velo y se sentó. Un pesado paso hizo temblar la pequeña escalera, y Adelina no pudo contener un penetrante grito, al ver á su marido vestido con chaqueta, pantalón de nuletón y en zapatillas.

—¿Qué quiere usted señora?—le dijo galantemente Hulot.

Adelina se levantó, abrazó á Hulot, y le dijo con voz entrecortada por la emoción:

—¡Al fin, te encuentro!

—¡Adelina!—exclamó el barón estupefacto cerrando la puerta de la tienda.—¡Bés!—le dijo al italiano,—váyase por el pasillo.

—Amigo mío—dijo la baronesa, olvidándolo todo en medio de su alegría.—Puedes volver al seno de tu familia, somos ricos, tu hijo tiene sesenta mil francos de renta, tu pensión está desempeñada, y con una sencilla fe de vida, puedes percibir quince mil francos. Valeria ha muerto, legándote trescientos mil francos. Tu nombre ha sido olvidado, puedes volver á frecuentar el mundo y vivir con tu hijo, en cuya casa hallarás una fortuna. Ven, nuestra dicha será completa. Hace ya tres años que busco y tenía tal seguridad de en-

contrarte, que tengo habitación preparada para recibirte. ¡Oh! sal de aquí, sal de la espantosa situación en que te hallas.

—Bien lo veo, pero ¿podré llevarme á la pequeña?

—Héctor, renuncia á ella, hazlo por tu Adelina, que no te ha pedido nunca el menor sacrificio. Yo te prometí casar á esa niña, dotarla bien y hacer que la instruyan, que no se diga que no has hecho feliz á alguna de las que te han hecho feliz, y no vuelvas á caer en el fango y en el vicio.

—¿Eras tú la que querías casarme?—repuso el barón sonriéndose.—Espérame un instante, que voy á vestirme de una manera conveniente.

Cuando Adelina quedó sola y contempló aquella horrible tienda, rompió en amargo llanto, diciendo:

—El vivía aquí y nosotros estábamos en la opulencia. ¡Pobre hombre! bien castigado ha sido, él que era la elegancia misma.

El italiano fué á despedirse de su bienechora, y entonces ésta le dijo que buscara un coche. Cuando el italiano volvió, la baronesa le rogó que tomara en su casa á Atala Judici y que se la llevara en el acto.

—Dígale usted que si quiere ponerse bajo la dirección del señor cura de la Magdalena, el día que haga la primera comunión, yo le daré treinta mil francos de dote y un buen marido, algún hermoso joven.

—Señora, mi hijo mayor tiene veintidós años y adora á esa muchacha.

En este momento, bajaba el barón con los ojos humedecidos por el llanto.

—Me haces dejar á la única criatura que se ha parecido á ti en el quererme—le dijo al oído á su mujer.—Esa pequeña se derrite en llanto y yo no puedo abandonarla de ese modo.

—No temas, Héctor, va á quedar en compañía de una familia honrada y yo te respondo de ella.

—¡Ah! entonces puedo seguirte—dijo el barón, acompañando á la baronesa al coche.

Héctor, que se había vuelto á convertir en el barón de Ervy, se había puesto un pantalón y una levita azul, un chaleco blanco, una corbata negra y unos guantes. Cuando la baronesa estuvo ya sentada en el coche, Atala se llegó hasta ella, diciéndole:

—¡Ah! señora, déjeme ir con usted. Mire, yo soy buena y obediente y haré todo lo que quiera, pero no me separe de

mi bienhechor, del padre Vider, que me daba cosas tan buenas. Ahora voy á ser golpeada.

—Vamos, Atala, esta señora es mi mujer, y tenemos que separarnos.

—Ella, tan vieja y que tiembla como una hoja—respondió la inocente.—Menea así la cabeza—añadió en tono de burla, imitando el temblor de la baronesa.

El italiano, que corría detrás de la pequeña Judici, se acercó á la portezuela del coche, y entonces la baronesa le dijo:

—Llévesela.

El italiano tomó á Atala en sus brazos y se la llevó á su casa á la fuerza.

—Gracias por este sacrificio—dijo Adelina tomando la mano del barón y estrechándosela con delirante goce.—¡Qué cambiado estás! ¡cuánto debes de haber sufrido! ¡Qué sorpresa para tu hijo!

Adelina hablaba de mil cosas á la vez, como los amantes que se ven después de una larga ausencia. En diez minutos, el barón y su mujer llegaron á la calle de Luis el Grande, donde Adelina encontró la siguiente carta:

«Señora baronesa: El señor barón de Ervy ha permanecido un mes en la calle de Charona, con el nombre Thoree, anagrama de Héctor, y ahora está en el pasaje del Sol, con el nombre de Vider. Se dice alsaciano, hace copias y vive con una joven que se llama Atala Judici. Señora, tome usted muchas precauciones, porque se busca actualmente al barón, aunque no sé con qué objeto.

La cómica ha cumplido su palabra y se repite como siempre, suya humilde servidora,

J. M.»

La vuelta del barón Hulot llenó de goce á la familia. El anciano no tardó en olvidar á la pequeña Judici, pues los efectos de la pasión le habían hecho adquirir esa movilidad de sensaciones que distinguen á la infancia. La dicha de la familia había sido turbada por los cambios observados en la persona del barón, el cual, habiendo dejado á sus hijos joven aun, volvía casi centenario, cascado, con el rostro demacrado por el vicio. Una comida espléndida, improvisada por Celestina, recordó las comidas de la cantante al anciano, el cual quedó asombrado del esplendor de su familia.

—Celebráis la vuelta del padre pródigo—le dijo al oído á Adelina.

—Silencio, todo ha sido olvidado—respondió ésta.

—¿E Isabel?—preguntó el barón, extrañado de no ver á la solterona.

—La pobre está en la cama, no se levanta y me parece que tendremos la pena de perderla—respondió Hortensia.

—Espera verte después de comer.

Al día siguiente al amanecer, Hulot hijo fué advertido por su portero de que los soldados de la guardia municipal cercaban toda la casa. Los agentes de la justicia buscaban al barón Hulot. El guardia de comercio que seguía á la portera presentó al abogado documentos en regla, preguntándole si quería pagar por su padre: se trataba de diez mil francos en letras de cambio suscritas á favor de un usurero llamado Samanon, el cual sólo habría dado probablemente dos ó tres mil francos. Hulot hijo rogó al guardia de comercio que hiciese retirar á la fuerza armada y pagó.

—¿Será esto todo?—se dijo con inquietud.

Isabel, que se consideraba muy desgraciada con la dicha de que gozaba su familia, no pudo soportar la idea de este feliz acontecimiento, y se puso tan grave, que el doctor Bianchon anunció su muerte para una semana después. Murió al verse vencida al fin en aquella larga lucha que tantas victorias le había proporcionado y guardó el secreto de su odio en medio de la espantosa agonía de una tisis pulmonar. Por lo demás, tuvo la satisfacción suprema de ver á Adelina, á Hortensia, á Hulot, á Victorino, á Steimbock, á Celestina y á todos los niños llorando en torno de su cama y considerándola como el ángel de la familia. El barón Hulot, entregado al régimen sustancial que le faltaba hacía ya tres años, recobró fuerza y volvió á reponerse, alegrando tanto esto á Adelina, que la intensidad de su temblor nervioso disminuyó.

—¡Acabará por ser feliz!—se dijo Isabel la víspera de su muerte, al ver la especie de veneración que el barón sentía por su mujer, cuyos sufrimientos le habían sido contados por Hortensia y por Victorino.

Este sentimiento apresuró el fin de la prima Bel, cuya muerte fué llorada por toda la familia.

Al verse llegados á la edad del reposo absoluto, los señores Hulot cedieron á los condes de Steimbock las magníficas habitaciones del primer piso, albergándose ellos en el

segundo. Gracias á la influencia de su hijo, el barón obtuvo una colocación en ferrocarriles á principios del año 1845, con seis mil francos de sueldo, los cuales, unidos á los seis mil de su pensión y de la fortuna que le legó la señora Crevel, formaron una renta anual de veinticuatro mil francos. Como Hortensia hubiese estado separada en bienes de su marido durante los tres años de riña, Victorino no titubeó en colocar á nombre de su hermana los doscientos mil francos del fideicomiso, que le daban una pensión de doce mil francos. Wenceslao, marido de una mujer rica, no cometía ninguna infidelidad, pero callejeaba de continuo sin poder resolverse á hacer obra alguna, por insignificante que fuese. Convertido de nuevo en artista *in partibus*, tenía muchos éxitos en los salones, era consultado por muchos aficionados y acabó por hacerse crítico, como les ocurre á todos los impotentes que no confirman el valor de sus primeras aptitudes. Cada matrimonio gozaba, pues, de una fortuna propia, aunque vivían en familia. Instruida por tantas desgracias, la baronesa dejaba á su hijo el cuidado de dirigir sus negocios y reducía de este modo al barón á su sueldo, esperando que lo módico de la renta le impediría volver á caer en sus antiguos errores. Pero, por suerte extraña, con la que no contaban ni la madre ni el hijo, el barón parecía haber renunciado al bello sexo. Aquel sosiego había acabado por tranquilizar de tal modo á su familia, que ésta gozaba por completo de la amabilidad y demás encantadoras cualidades del barón de Ervy. Lleno de atenciones para su mujer y para sus hijos, los acompañaba al teatro y á las reuniones, y hacía con exquisita gracia los honores de su casa. En fin, aquel padre pródigo reconquistado, causaba la mayor satisfacción á su familia. Era un agradable anciano completamente aniquilado, pero ocurrente, y que sólo había conservado del vicio lo que podría creerse una virtud social. Como es natural, se llegó á tener una seguridad completa en él. ¡Los hijos y la baronesa ponían en las nubes al padre de familia, olvidando la muerte de los dos tíos! ¡La vida está llena de desgracias!

Celestina que, gracias á las lecciones de Isabel, dirigía con talento aquella enorme casa, se vió obligada á tomar un cocinero. El cocinero hizo necesaria una ayudanta de cocina. Las ayudantas de cocina son hoy criaturas ambiciosas que se ocupan de sorprender los secretos del cocinero y que se

hacen cocineras tan pronto como saben revolver salsas. De aquí que cambien de casa con mucha frecuencia. A principios del mes de diciembre del año 1845, Celestina tomó como ayudanta de cocina á una gruesa normanda de Isigny, de talle corto, hermosos brazos, rostro vulgar y estúpida, la cual se decidió difícilmente á abandonar el clásico gorro de algodón que suelen usar las hijas de la Normandía baja. Aquella muchacha, dotada de una gordura de nodriza, amenazaba reventar las ropas que envolvían su cuerpo. Eran tan duras sus facciones, que su cara parecía tallada en una roca. Como es natural, no se hizo ningún caso en la casa al entrar esta muchacha llamada Agata, la cual era tan grosera en su lenguaje y en sus modales que ni siquiera agradó al cocinero, para el cual fué objeto de desprecio. El cocinero cortejaba á Luisa, camarera de la condesa de Steimbock, así es que la normanda, al verse además maltratada, se quejó de su suerte diciendo que el cocinero le hacía salir de la cocina con un pretexto cualquiera cuando tenía que hacer algún plato.

—¡Vamos, está visto que no tengo suerte, tendré que ir á otra casa! —decía la normanda.

Sin embargo, aunque había dicho ya dos veces que quería marcharse, se quedó.

Una noche Adelina fué despertada por un extraño ruido, y como no viese á Héctor en la cama que éste ocupaba á su lado, pues dormían en una misma habitación y en camas distintas, como conviene á los ancianos, esperó más de una hora la vuelta del barón. Llena de miedo, creyendo en alguna catástrofe trágica, ó tal vez en la apoplejía, subió al último piso ocupado por los criados y se encaminó hacia el cuarto de Agata, llevada tanto por la mucha luz que salía de la puerta entreabierta, como por el murmullo de dos voces. La pobre mujer se detuvo asustada al reconocer la voz del barón, el cual, seducido por los encantos de Agata y ansioso de vencer la resistencia de ésta, le decía en aquel momento estas atroces palabras:

—A mi mujer le queda poco tiempo de vida, y si tú quieres podrás ser baronesa.

Adelina lanzó un grito, dejó caer la palmatoria y huyó.

Tres días después, la baronesa, sacramentada la víspera, estaba en la agonía y se veía rodeada de su desolada familia. Un momento antes de expirar, tomó la mano de su marido, se la estrechó y después le dijo al oído:

—Amigo mío, sólo podía darte mi vida, y dentro de un momento serás libre y podrás hacer baronesa á la que quieras.

Y ¡cosa rara! Después de estas palabras se vieron salir lágrimas de los ojos de una muerta. La ferocidad del vicio había vencido á la paciencia del ángel, el cual, al borde de la eternidad, dejó escapar de sus labios el único reproche que había hecho en su vida.

El barón Hulot se fué de París tres días después del entierro de su mujer. Al cabo de once meses, Victorino supo indirectamente el casamiento de su padre con la señorita Agata Piquetard, que se había celebrado en Isigny el 1.º de febrero de 1846.

—Los mayores pueden oponerse al matrimonio de sus hijos, pero los hijos no pueden impedir las locuras de sus mayores cuando están chochos—dijo Hulot á Popinot, segundo hijo del antiguo ministro de Comercio, hablándole de este matrimonio.

FIN

## ÍNDICE

	Págs.
CAPÍTULO PRIMERO.—¿A dónde va á anidarse la pasión?	7
» II.—Atroces confidencias.	11
» III.—Una hermosa vida de mujer.	21
» IV.—Un carácter de solterona, original y sin embargo más común de lo que parece.	31
» V.—Entre soltera y solterona.	41
» VI.—Donde se ve que las mujeres bonitas salen al paso de los libertinos, del mismo modo que los tontos salen al encuentro de los bribones.	51
» VII.—Aventura de una araña que encuentra en su tela una hermosa mosca demasiado grande para ella.	63
» VIII.—La novela del padre y la de la hija.	72
» IX.—Donde la casualidad, que se permite verdaderas novelas, lleva demasiado bien las cosas para que vayau mucho tiempo así.	84
» X.—Contrato privado y sin registro entre una leona y una cabra.	93
» XI.—Transformación de la prima Bel.	102
» XII.—De la vida y opiniones del señor Crevel.	109
» XIII.—Última tentativa de Calibán sobre Ariel.	117
» XIV.—Donde el desenlace de las novelas ordinarias se encuentra á la mitad de esta historia demasiado verídica, bastante anacreóntica y terriblemente moral.	128
» XV.—Balance de la sociedad Bel y Valeria: cuenta de Marneffe.	139
» XVI.—Balance de la sociedad Bel y Valeria: cuenta de Fischer.	147
» XVII.—El balance de la mujer legítima.	154
» XVIII.—Un aparecido con reatas.	162